

COMENTARIO

El erotismo cercenado de la pornografía

*Autor: Diego Quintero**



*Diego Quintero es estudiante de filosofía de la UNA.

*No es tu sexo lo que en tu sexo busco
sino ensuciar tu alma:
desflorar
con todo el barro de la vida
lo que aún no ha vivido.*

*Diario de un seductor
Leopoldo María Panero*

En esta Era más que en otras, la reproducción de imágenes¹ es central: las producimos, utilizamos, vivimos, exponemos, compartimos, entendemos, mimetizamos, descartamos. La imagen reina y nos liga simbólicamente a nuestro tiempo. Gran parte de estas imágenes –que fluyen libremente por la red– son de corte pornográfico y erótico. Los sujetos –ahora también virtuales– las manejan con naturalidad. Sin lugar a dudas es parte de la cotidianidad. Lo importante de este hecho es que la imagen no está completa en sí misma, sino que también implica un mirar, una forma de recibir y entender. En este sentido, este ensayo pretende dilucidar la siguiente pregunta: ¿Qué vemos cuando vemos pornografía?

En primer lugar, cabe hacer la distinción entre dos conceptos: pornografía y erotismo. Los dos han existido desde la antigüedad, pero en el caso de la pornografía, la acepción que se manejará es la contemporánea² (teniendo ésta especial importancia a partir del tardío siglo XX debido a la normalización de Internet). El segundo concepto, en todo caso más complejo, involucra un extenso debate filosófico.

Aquí se utilizará la conceptualización propuesta por el autor francés, Georges Bataille. Según Bataille, “el erotismo es antes que todo un ejercicio o intento de comunicación” (Larios, 1993, p. 55)³. Bajo esta lógica, el erotismo es la extracción de significados mediante el acto imaginativo. Premia, de forma indefectible, el deseo por los cuerpos, pero hay una necesidad de ir más allá con la búsqueda de la expresión de las subjetividades que mueven a los individuos. Esta dico-

tomía, involucra la tensión propia del presente: la gratificación instantánea enfrentada a la búsqueda del placer estético.

En el ensayo intitulado, *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt expresó la capacidad de los individuos a suscribirse a cualquier esquema en la medida en que se les presente como *norma*. Este también es el caso de las imágenes. Cuando observamos pornografía, entendemos el sexo y el erotismo bajo el marco referencial del vídeo o imagen en cuestión. Bien podríamos decir: *el porno no muestra el sexo, sino un deber ser del sexo*. Este efecto se profundizó en los albores del 2000, puesto que propagó e hizo imperante el modelo pornográfico norteamericano⁴. Esta aproximación tiene varias características inherentes: las escenas buscan ir al coito de forma expedita, no contienen relato alguno y los actores se suscriben a un ideal de belleza anglosajón, es decir, un centro de poder estético lo sesga. Una propuesta a todas luces enajenante. Los consumidores de la periferia, necesariamente, buscan el placer en lo exterior. La satisfacción reside en ver y abstraerse, lo que llega a contravenir la búsqueda inherente de lo erótico.

El juego propiamente erótico es un trance. Trabaja desde los sentidos y los afectos. Se busca incitar la mente –tal perro de Pavlov– con el lenguaje. Se dan pequeñas claves que actúan directamente sobre el plano intelectual y físico; es un encuentro entre dos realidades. El individuo busca un cuerpo desde su propio deseo. Su imaginación lo hace viajar, transgredir un límite, sumergirse en una experiencia: una de corte sensual y no sexual (sin que estas sean excluyentes). El acto erótico tiene que tomar en cuenta sus participantes como un ente complejo; la amalgama de muchas ideas incompletas.

El erotismo es uno de los aspectos de la vida interior del hombre. En este punto solemos engañarnos, porque continuamente el hombre busca fuera un objeto del deseo. Ahora bien, ese objeto responde a la interioridad del deseo. La elección de un objeto depende siempre de los gustos personales del sujeto; incluso si se dirige a la mujer que casi todos elegirían, lo que suele entrar en juego es un aspecto intangible, no una cualidad objetiva de esa mujer. Esa mujer podría no tener, si no nos afectase en nuestro ser interior, nada que forzase la preferencia. En

1 Vamos a privilegiar la imagen de video y fotografía, debido a que son las más ampliamente utilizadas por los medios de comunicación modernos.

2 Según el autor canadiense Bernard Arcand, la definición más cercana y concisa para pornografía sería: “la representación del sexo en sí mismo sin maquillaje y sin otra referencia, sin pretexto o excusa, en resumidas cuentas, el sexo sin otra razón” (Arcand, 1993, pp.30-31).

3 El concepto es propio de Bataille, sin embargo, fue tomado del texto de Larios.

4 Según el portal digital de estadísticas <http://www.grabstats.com/>, Estados Unidos lidera la producción y distribución de pornografía con 244661900 sitios. La mayoría grabados en el valle de San Fernando en Los Ángeles, California.

una palabra, hasta cuando se conforma con la mayoritaria, la elección humana difiere de la elección del animal: apela a esa movilidad interior, infinitamente compleja, que es propia del hombre (Bataille, 1997, p.22).

Esta alteración de la mirada, se debe principalmente a que la comercialización de lo erótico dejó de ser una búsqueda de los individuos para convertirse en una búsqueda de los mercados. La pornografía es un ente homogenizado; el erotismo emana de las particularidades. Esta transformación y distinción se debe a que las experiencias son difíciles, sino imposibles, de mercantilizar. Una escena permite la gratificación inmediata, en cuanto lo erótico es la incertidumbre: *sumergirse en lo indeterminado para tal vez nunca atingir el fin*, una problemática que lleva las propuestas visuales a la ineffectividad (somos receptoras pasivos de lo que se no dice placentero). Han bombardeado los sentidos de los consumidores hasta el paroxismo y estos ya no dan abasto. No hay tiempo para la introspección. Pagamos, vemos, nos masturbamos y seguimos con nuestras vidas. No hay cambio o transformación de nuestras pasiones. Al fin y al cabo, no hay pasiones, sino posibilidades de consumo.

Lo artificioso y la transgresión

Podemos decir que la pornografía es un producto. Una imagen banalizada del deseo; un artificio. Hay una distancia infranqueable y esto nos angustia. Bataille llamó a esto "la necesidad de la transgresión". Según este pensador, lo erótico ha estado siempre íntimamente ligado con lo prohibido:

Los conductos sexuales evacúan deyecciones; calificamos a esos conductos como "las vergüenzas", y asociamos a ellos el orificio anal. San Agustín insistía una y otra vez en lo obsceno de los órganos y la función reproductivos. "ínter jaeces et urinam nascimur", decía: "Nacemos entre las heces y la orina". Nuestras materias fecales no son objeto de una prohibición formulada por unas reglas sociales meticulosas, análogas a las que cayeron sobre el cadáver o sobre la sangre menstrual. Pero, en conjunto, a través de deslizamientos, se fue formando un ámbito común a la porquería, la corrupción y la sexualidad, elementos cuyas conexiones son muy evidentes. En principio, fueron contigüidades de hecho, venidas de fuera, las que determinaron el conjunto del terreno. Pero su existencia no tiene por ello un carácter menos subjetivo; en efecto, la náusea varía según las personas,

y su razón de ser objetiva se nos escapa. El cadáver, que sucede al hombre vivo, ya no es nada; por ello no es nada tangible lo que objetivamente nos da náuseas; nuestro sentimiento es el de un vacío, y lo experimentamos desfalleciendo (Bataille, 1997, p.42).

Es por eso que el acceso a la pornografía es una limitante; convierte lo visto en un cuadro inocuo. Unas décadas atrás, esta pudo implicar contravención. Ahora, la sociedad la ha asimilado, ajustado y normalizado. No hay derroche de nuestros excesos. La pornografía no permite la proyección de nuestros estados sensibles, como lo son la cólera, el miedo, la emancipación.

Las personas que han vivido contextos de guerra sufren un efecto similar. Han visto tanta destrucción, que la muerte se vuelve un mero trámite. Acabar con la vida de alguien o morir es intrascendente; se hace lo que se tenga que hacer. En la época de la información el coito padece el mismo problema (por no decir que la metonimia llamada coito padece el mismo problema). Nos han insensibilizado y la imagen de un pene o una vagina o un ano, no es más que eso, una imagen. Es, a falta de palabras, una representación vacía (además, como ya se ha mencionado, el erotismo es más que los genitales).

En la actualidad no existe la prohibición y tampoco hay necesidad de ella puesto que la red valida cualquier manifestación siempre y cuando ésta cumpla con reglas preestablecidas; es decir, no es palpable un discurso hegemónico que oprima. En cambio, cada aspecto de la vida se encuentra fina y solapadamente curado. Los elementos que implicaban libertad son usados para enmarcar. Se podría reducir el problema a esto: el quiebre se volvió rito. Diciendo que la realidad socio-política productora de los espacios culturales ha perfeccionado sus métodos de control: la eliminación del cuerpo orgánico, la higienización del discurso, la eliminación del individuo, la implementación de justicia postmoderna.

La justicia es el metavalor que avala lo segundo y es también la diosa de los juegos, la divinidad guardiana de los niños-hombres postmodernos que se baten agonísticamente, pero sin daño (Hopenhayn, 1994, p. 126).

Al final de cuentas, la libertad usualmente asignada a la red, tiene límites preestablecidos por otros.

Bibliografía

Larios, F.J. (1993). Bataille un Místico profano. México: Universidad Michoacana de San

Nicolás de Hidalgo.

Arcand, B. (1993). El jaguar y el oso hormiguero. Bs. Aires: Ediciones Nueva Visión.

Batallie, G. (1997). El erotismo. Barcelona: Tusquets.

Grabstats Statiskis, <http://www.grabstats.com/statcategorymain.aspx?StatCatID=10> Obtenido el 03/04/2015, a las 14 horas.

Hopenhayn, M. (1994). Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina. Santiago, Chile: FCE.